

La izquierda: renovarse o morir

Luis Enrique Hernández

Miembro del Instituto E. Mounier

Probablemente estemos siendo testigos del final de una época histórica: La que proponía a la izquierda como alternativa al sistema económico actual. Ciertamente, a la evidencia nos remitimos, la izquierda al uso ha demostrado su incapacidad para llevar a cabo cambios sustanciales en las raíces y fundamentos de la injusticia social, de la desigualdad, del abuso de poder o de la marginación de las clases sociales más débiles. Difícilmente podemos constatar que la izquierda haya podido introducir reformas de envergadura en ningún país de Europa. Más aún, ni siquiera ha conseguido mantener los logros del Estado del bienestar alcanzados durante años de sacrificada lucha.

Esta sumisión al sistema económico dominante nos ha llevado a todos a la resignada elaboración de una cultura de la renuncia, basada en la aceptación de las presiones económicas internacionales.

Como resultado, la izquierda se ha visto obligada a hacer la política de la derecha y ha sido capaz de tomar decisiones, por cuenta del liberalismo predominante, que éste hubiera sido incapaz de llevar a cabo sin haber organizado un auténtico revulsivo social: reforma del mercado de trabajo, precarización de los servicios sociales, tendencia a la pri-

vativación... Lo cual pone de manifiesto que las relaciones de fuerza entre la izquierda y las grandes potencias económicas, nacionales e internacionales, no pueden ser alteradas únicamente por medio de la victoria electoral. Disponer del respaldo mayoritario de las urnas no es suficiente para lograr modificaciones estructurales en el sistema económico.

Esta situación viene a ser más complicada si atendemos a las profundas transformaciones de las sociedades occidentales, que se manifiestan en un desarrollo abrumador del individualismo que potencia al individuo aislado y que, incluso cuando lo relaciona en un entorno social, siempre tiende a la referencia restrictiva de un grupo cerrado: etnia, religión, comunidad cultural..., desmarcando al comunitarismo social de la tradición de la izquierda que potencia al sujeto social, relacionado con todas las personas que comparten su misma condición de clase, independientemente de su lugar de origen (universalidad característica de la izquierda).

Ante este panorama, los políticos se convierten en meros actores de un grotesco espectáculo convenido, con reglas amañadas que tienden a producir en los electores motivaciones basadas más en la seducción que en la

convicción, originando a la larga un gran desencanto, desilusión, apatía y rechazo de todo lo que haga referencia a la gran comedia del poder.

«*Todos son unos corruptos*» «*La izquierda y la derecha son lo mismo*».

— Son manifestaciones habituales de la opinión popular en los últimos años.

Estos sentimientos se elevan espontáneamente como una descalificación de la política como medio adecuado para poder defender las legítimas aspiraciones de igualdad, de justicia social de las personas, viéndose reforzada dicha actitud por la devaluación liberal de un Estado al que le «vienen flojos los pantalones». De ahí, el aumento de los populismos de derecha, de los fascismos, de la violencia irracional incontrolable, de los integristas...

A pesar de ello, o tal vez por ello, habrá que recordar a los paralizados y desconcertados líderes de la izquierda que nada de lo que daba a la izquierda su identidad ha desaparecido: no solo la explotación continúa existiendo, sino que debido al fenómeno de la exclusión ha aumentado; nunca ha sido tan necesaria la igualdad de derechos y oportunidades frente a un sistema basado en la discriminación y manipulación de preferencias, que enfrenta lo justo a lo bueno, y que reconvierte la libertad en

derechos de unos pocos, la igualdad en el ejercicio de la democracia al uso y desecha la fraternidad en pro del bienestar individual.

Las reivindicaciones de la izquierda siguen estando hoy más de moda que nunca, por lo que la izquierda no puede tirar la toalla, no puede renunciar a sus ilusiones, aunque para ello será necesario una especial lucidez que permita enfrentarnos al desafío de una nueva civilización. La izquierda solo podrá refundarse si se interroga sobre la orientación que va a dar a esta nueva civilización. No se trata de volver a caer

en los errores del pasado y proponer utopías tan bellas en el terreno de la teoría como sangrientas en la experiencia práctica. Se trata de descubrir en la realidad las posibilidades emancipadoras reales y realizables.

En los últimos años han surgido algunas posibilidades que la izquierda debería plantearse asumir con decisión. Una de ellas es la necesidad de luchar de forma organizada en contra del progresivo y cada vez más sangrante proceso de *dualización* de la sociedad. Por un lado las capas «integradas», «socializadas» y por otro lado las capas «marginalizadas y

excluidas». La integración social *por medio del trabajo* y por tanto de un *puesto de trabajo digno, es una reivindicación que siempre ha respondido a la identidad de la izquierda*. La izquierda debe aportar imaginación, alternativas, propuestas a esta situación, pero solo podrá hacerlo si opone sus alternativas a la mundialización de la explotación del mercado, si renuncia a la idea de un desarrollo infinito, por lo menos hasta que ese desarrollo llegue a todos; si recuperamos la fraternidad, superadora de las barreras que nos diferencian en beneficio de actitudes de apoyo mutuo. A